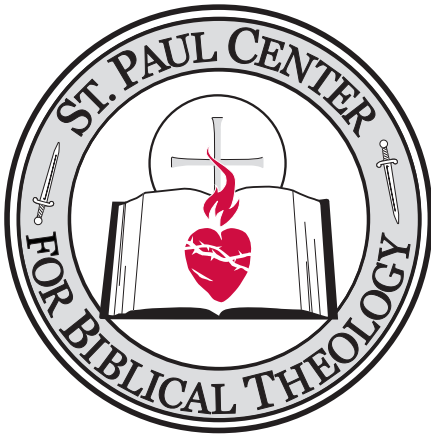


Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

4 de noviembre. 31º Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

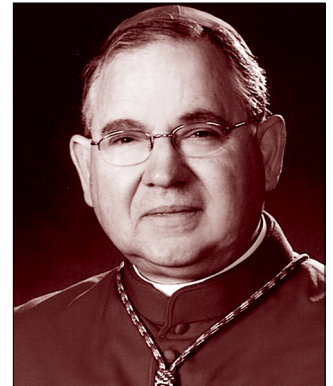
Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Amante de las almas
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio

Sabiduría 11,22-12,2
Salmo 145,1-2.8-11.13-14
2 Tesalonicenses 1,11-2,2
Lucas 19,1-10



La liturgia de este día nos enseña que Nuestro Señor ama las almas. Él es lento a la cólera y misericordioso con todas sus criaturas, como cantamos en el salmo de hoy.

En su misericordia, nos dice la primera lectura, Él pasa por alto nuestras faltas e ignorancia, y nos da ocasión para arrepentirnos y no perecer en nuestro pecado (cf. Sb 12,10; 2 P 3,9).

En Jesús, Dios se ha convertido en el Salvador de sus hijos, viniendo para rescatar a los que estaban perdidos (cf. Is 63,8-9; Ez 34,16).

Tenemos un retrato de esa alma perdida en la figura de Zaqueo que nos presenta hoy el Evangelio. Él es un recaudador de impuestos, un “pecador” de profesión excluido de la vida religiosa de Israel. No sólo eso, es “jefe de publicanos”. Peor aún, es un hombre rico que se ha ganado la vida mediante el fraude.

Pero la fe de Zaqueo trajo la salvación a su casa. El expresa esa fe en su ferviente deseo de “ver” a Jesús, incluso humillándose al subir a un árbol sólo para verlo pasar.

Mientras que los de mayor estatura religiosa se quejan de Jesús, Zaqueo lo recibe con alegría.

Zaqueo no es como los otros hombres ricos que se encuentran con Jesús o de los cuales cuenta historias (cf. Lc 12,16-21; 16,19-31; 18,18-25). Él se arrepiente, promete restituir lo suyo a quienes ha estafado y dar la mitad de su dinero a los pobres.

Por su humildad es exaltado y se hace digno de recibir al Señor en su casa. Por su fe es justificado y hecho descendiente de Abraham (cf. Rm 4,16-17).

Como la semana pasada, Jesús usa a un publicano para mostrarnos la fe y la humildad que necesitamos para obtener la salvación.

También nosotros estamos llamados a buscar a Jesús cada día con corazones arrepentidos. Y deberíamos hacernos la oración de San Pablo en la epístola de hoy, para que Dios nos considere dignos de su llamado y con nuestras vidas glorifiquemos el nombre de Jesús.

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

11 de noviembre. 32º Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Mgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Levantarse de nuevo
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio

2 Macabeos 7,1-2. 9-14
Salmo 17,1,5-6.8.15
2 Tesalonicenses 2,16-3,5
Lucas 20,27-38



Con una adivinanza sobre siete hermanos y una viuda sin hijos, los Saduceos del Evangelio de hoy se burlan de la fe por la que siete hermanos y su madre mueren en la primera lectura.

Los mártires macabeos, antes que traicionar la Ley de Dios, escogieron la muerte: fueron torturados y después quemados vivos. Su historia se nos da en estas últimas semanas del año litúrgico para fortalecernos y hacernos más resistentes; para que nuestros pies no vacilen sino se mantengan firmes en el seguimiento de Cristo.

Los macabeos murieron confiados en que el “Rey del Universo” los levantaría de nuevo y para siempre a la vida (cf. 2 Mc 14,46).

Los Saduceos no creen en la resurrección porque no encuentran literalmente esa enseñanza en las Escrituras. Para ridiculizar esta creencia, manipulan una ley que indicaba que una mujer debía casarse con el hermano de su esposo, si éste fallecía y no dejaba herederos (cf. Gn 38,8; Dt 25,5).

Pero esa ley de Dios no había sido dada para asegurar la descendencia a padres terrenos, sino –como Jesús

explica- para hacernos dignos de ser “hijos e hijas de Dios”, engendrados por su Resurrección.

“Dios nuestro Padre”, nos dice la epístola de hoy, nos ha dado “consolación eterna” en la Resurrección de Cristo. Por su gracia podemos ahora dirigir nuestros corazones al amor de Dios.

Como los Macabeos sufrieron por la Antigua Ley, nosotros tendremos que sufrir por nuestra fe en la Nueva Alianza. Sin embargo, Dios nos cobijará bajo la sombra de sus alas, nos mantendrá en la niña de sus ojos, como cantamos en el salmo de hoy.

Los perseguidores de los macabeos se maravillaron ante su valentía. También nosotros podemos glorificar al Señor en nuestros sufrimientos y pequeños sacrificios de cada día.

Y nuestra razón para confiar es todavía mayor que la de ellos. Uno que ha sido levantado de la muerte nos ha dado su palabra: que Él es Dios de vivos; que cuando despertemos del sueño de la muerte contemplaremos su rostro, seremos felices en su presencia (cf. Sal 76,6; Dn 12,2).

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

18 de noviembre. 33° Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Este es el día
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio

Malaquías 3,19-20
Salmo 98,5-9
2 Tesalonicenses 3,7-12
Lucas 21,5-19



Esta es la época entre la primera y la segunda venida de nuestro Señor. Vivimos en el nuevo mundo que comenzó con su vida, muerte, resurrección y ascensión; con el envío de su Espíritu sobre la Iglesia. Pero esperamos el día en que Cristo vendrá de nuevo en su gloria.

“Mirad que llega el día”, nos advierte Malaquías en la primera lectura de hoy. Los profetas enseñaron a Israel a ver el Día del Señor, en que Él reuniría a las naciones para juzgarlas (cf. So 3,8; Is 3,9; 2 P 3,7).

Jesús anticipa ese día en el Evangelio de hoy. Nos previene para no ser confundidos por quienes claman: “el tiempo ha llegado”. Ese engaño es también el telón de fondo de la epístola de hoy (cf. 2 Ts 2,1-3).

Los signos que Jesús da a sus apóstoles parecen haber ocurrido ya en el Nuevo Testamento. En los Hechos, las epístolas y el Apocalipsis leemos sobre hambre y terremotos, sobre la desolación del Templo; sobre persecuciones a creyentes que son encarcelados y muertos, que testimonian así su fe con sabiduría

en el Espíritu.

Estos “signos”, por tanto, nos muestran el patrón para la vida de la Iglesia, tanto en el Nuevo Testamento como ahora.

También nosotros vivimos en un mundo de naciones y reinos en guerra. Y deberíamos tomar a los apóstoles como “modelos”, según aconseja la epístola de hoy. Así como ellos, debemos perseverar frente a amigos y familiares incrédulos; ante fuerzas y autoridades hostiles a Dios.

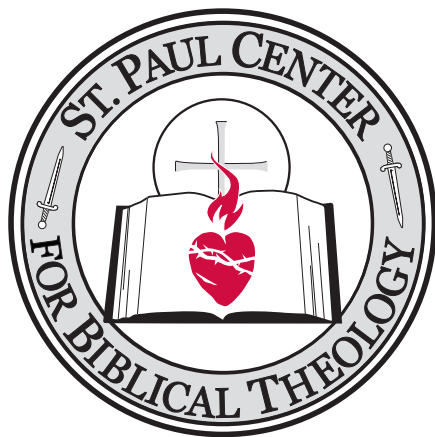
Como en el salmo de este día, deberíamos cantar sus alabanzas, alegres de proclamar su venida como Rey y Señor. El Día del Señor es siempre un día que ya ha llegado y ha de venir. Es el “hoy” de nuestra Liturgia.

Los Apóstoles rezaron Maranatha, “¡Ven, Señor! (cf. 1 Co 16,22; Ap 22,20). En la Eucaristía, Jesús responde: viene otra vez como el Señor de las multitudes, como Sol de Justicia cuyos rayos traen la salud. Es un signo poderoso y una señal del Día que ha de venir.

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

25 de noviembre. Cristo Rey



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Reino del Hijo
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio

2 Samuel 5,1-3
Salmo 122,1-5
Colosenses 1,12-20
Lucas 23,35-43



Cada semana, la liturgia nos ha venido preparando para la revelación que se nos hace este último domingo del año litúrgico.

Como se nos ha mostrado en las lecturas, Jesús verdaderamente es el Elegido, el Mesías de Dios, el Rey de los Judíos. Irónicamente, en el Evangelio de hoy escuchamos esos títulos de quienes no creen en Él: las autoridades de Israel, los soldados, un criminal que está muriendo a su lado.

Lo único que ellos alcanzan a ver es el escándalo de una figura sangrienta clavada en una cruz. Lo desprecian con palabras y actitudes que ya habían sido predichas en las Escrituras de Israel (cf. Sal 22,7-9; 69,21-22; S 2,18-20). Le echan en cara que si en verdad Él es rey, Dios lo rescatará. Pero Él no viene a salvarse, sino a ellos y a nosotros.

El buen ladrón nos enseña de qué manera debemos aceptar la salvación que Cristo nos ofrece. Confiesa sus pecados y reconoce que merece la muerte por ellos. Pero apela al nombre de Jesús, busca su misericordia y perdón.

Es salvado por su fe. Jesús le “recuerda”, pues Dios ha recordado siempre a su pueblo, visitándolo con sus hazañas de salvación, contándolos como herederos entre sus elegidos (cf. Sal 106,4-5).

Por la sangre de su cruz, Jesús revela su reinado que consiste no en salvarse a Sí mismo, sino en ofrecerse en rescate por nosotros. Nos traslada “al reino de su Hijo querido”, como nos dice la epístola de hoy.

Su Reino es la Iglesia, la nueva Jerusalén y casa de David, de la cual cantamos en el salmo de este día.

En la primera lectura de hoy, por la alianza con David las tribus de Israel se hacen “hueso y carne” con su rey. Por la Nueva Alianza hecha en su Sangre, Cristo se hace una carne con el pueblo de su Reino, la Cabeza con su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. Ef 5,23-32).

En cada Eucaristía celebramos y renovamos esta alianza, dando gracias por nuestra redención, esperando el día en que también nosotros estaremos con Él en el paraíso.